
fe y viviendo la espiritualidad de la coherencia entre la fe y la vida como testimonio evangelizador para el hombre de hoy.

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Rev. Aragón. Teol. 38 (2013)

ESTELA ALDAVE

“He visto al Señor” (Jn 20,18): la fe en la resurrección ayer y hoy

En una de sus reflexiones teológicas, Jürgen Moltmann afirma: “La fe cristiana en Dios es una fe de la resurrección”¹. La resurrección de Jesús nos coloca ante una de las cuestiones centrales de nuestra fe. Sin embargo, si hiciéramos un sondeo para conocer qué es lo se piensa sobre ella, nos encontraríamos con respuestas muy diversas, porque así son, diferentes, las imágenes que nos evoca. Dado que lo que entendamos por resurrección afecta al modo en el que comprendemos y vivimos nuestra fe, se impone reflexionar sobre ella.

En las páginas que siguen vamos a acercarnos a los textos bíblicos que nos hablan sobre la resurrección. Comprender el sentido que tenía para los primeros testigos de la Pascua y la audiencia original del Nuevo Testamento nos ayudará a entender el significado que tiene hoy afirmar que Dios ha resucitado a Jesús. El itinerario que vamos a seguir es el siguiente. En primer lugar, nos acercaremos a los distintos lenguajes que el Nuevo Testamento utiliza para hablar de la experiencia de los primeros creyentes de que Dios había reivindicado a Jesús tras su muerte. Como veremos, la resurrección es una de las imágenes que se utiliza, no la única, para transmitir dicha vivencia. A continuación, fijaremos nuestra atención en las dos formas literarias en las que se ha expresado: breves fórmulas de fe y relatos. Para comprender su contenido, nos detendremos en otras dos cuestiones: la antropología

1 Jürgen Moltmann, *Cristo para nosotros hoy* (Madrid: Trotta, 1997) 63.

hebrea (es decir, cuál era la visión que tenían los primeros cristianos, que eran judíos, sobre el ser humano) y los testimonios del Antiguo Testamento sobre el destino de los muertos (ya que la fe que tenían los judíos sobre la vida después de la muerte influyó necesariamente en la confesión que los primeros testigos hicieron sobre el destino de Jesús). Para finalizar ofreceremos algunas reflexiones sobre el significado de la resurrección de Jesús y sus consecuencias para nuestra vida y nuestra fe.

1. Los lenguajes del Nuevo Testamento

El término “resurrección”, como hemos dicho, no es el único que se utiliza en el NT para hablar de lo que Dios ha hecho con Jesús después de su muerte en cruz. Entre sus páginas nos encontramos diferentes lenguajes e imágenes para hablar de este acontecimiento: “Dios ha resucitado de los muertos a Jesús” (Rom 4,24), “el Señor ha resucitado” (Lc 24,34), “he visto al Señor” (Jn 20,18), “se apareció” (Hch 13,31), “Cristo Jesús ha sido levantado a la gloria” (1Tim 3,16), “Dios lo exaltó” (Flp 2,9), “Cristo está sentado a la derecha de Dios” (Col 3,1), “Jesús fue llevado al cielo” (o “ascendió al cielo”) (Lc 24,11; Hch 1,11), etc. Estas expresiones forman parte de diferentes formas literarias: breves fórmulas de fe, cuyo origen es muy antiguo, que encontramos fundamentalmente en las cartas y en Hechos de los Apóstoles, y los relatos, localizados de forma mayoritaria en los evangelios, que nos hablan de las apariciones y el hallazgo de las mujeres de la tumba vacía. Estos últimos, aunque al menos en su forma escrita no son tan antiguos como las fórmulas, testimonian con mucha probabilidad tradiciones orales que se remontan a tiempos muy tempranos².

En estas tres formas literarias (confesiones, himnos y relatos) se formula la fe pascual mediante dos categorías diferentes: resurrección y exaltación (o glorificación). Muchas veces entendemos los acontecimientos pascales como una secuencia cronológica (Jesús murió, fue sepultado, resucitó, fue exaltado y ascendió al cielo) debido a los

2 Para este tema, cf. Carmen Bernabé, “Duelo y género en los relatos de la visita a la tumba”, in: C. Bernabé and C. Gil (ed.), *Reimaginando los orígenes del cristianismo. Relevancia social y eclesial de los estudios sobre Orígenes del cristianismo. Libro homenaje a Rafael Aguirre en su 65 cumpleaños* (Estella: Verbo Divino, 2008) 307-352, 310-318.

relatos de la ascensión de Lc y Mc³. Sin embargo, estas imágenes no nos hablan de diferentes acontecimientos consecutivos en el tiempo; son, por el contrario, diferentes formas de expresar el mismo kerigma pascual (Jesús no ha muerto para siempre; está ya vivo junto a Dios), poniendo el acento en aspectos diversos. Así, mientras que la categoría de la resurrección enfatiza la continuidad “corporal” de Jesús (el resucitado es el mismo que el que vivió en Galilea, aquel con el que comimos y bebimos, aquel a quien tocamos) la categoría de exaltación resalta otra dimensión, muy diferente: Jesús se ha transformado; ha dejado la tierra para reunirse con el Padre, ha sido exaltado, glorificado, tomado por Dios, ha subido al cielo⁴.

Los primeros cristianos utilizaron con creatividad esta variedad de formas literarias e imágenes para hablar de una realidad que no es posible demostrar empíricamente ni captar con los sentidos. Jesús resucitado pertenece, como el mismo Dios, a la esfera de lo trascendente. De ahí que tengamos que considerar la resurrección como un hecho real, pero no histórico. Esta distinción pretende llamar la atención sobre el hecho de que podemos “conocer” este acontecimiento con los métodos de la ciencia histórica, como podemos conocer otro tipo de acontecimientos; pero esto no significa que no sea real. La resurrección de Jesús no se puede “ver” del mismo modo que vemos lo que acontece en nuestra vida ordinaria. Sus discípulos no le vieron resucitado del mismo modo que le vieron enseñar o curar a la gente de Galilea. Pero esto no significa negar que Jesús haya resucitado. Diciendo que éste es un hecho real estamos diciendo que, aunque no sea verificable científicamente, no es algo imaginario ni ficticio para la comunidad creyente⁵. De aquí se desprende que no podamos considerar los testimonios del NT como crónicas exactas de lo que les ocurrió a esos discípulos de la primera hora. Estos textos, como todo relato bíblico, son textos teológicos, no crónicas históricas, aunque, sin embargo (y como veremos), son un vehículo que nos aproxima a la experiencia de los primeros discípulos y comunidades⁶. Por tanto, es necesario inter-

3 Mc 16,9-20: final del evangelio en su forma actual canónica pero que, sin embargo, no formaba parte del original.

4 Xabier Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual* (Salamanca: Sígueme, 1999) 83.

5 Ulrich B. Müller, *El origen de la fe en la resurrección de Jesús. Aspectos y condiciones históricas* (Estella: Verbo Divino, 2003) 6; Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 266-267.

6 Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 287-288.

pretar estos relatos y no leerlos literalmente; de otro modo, caeríamos en el fundamentalismo⁷.

2. Las fórmulas de fe

Las fórmulas son expresiones muy breves que condensan lo esencial de la fe y se utilizaban con fines catequéticos o celebrativos. Dentro de ellas tenemos que distinguir, a su vez, otros dos tipos: las confesiones de fe (p.e., “Dios resucitó a Jesús de entre los muertos”, Rom 4,24) y los himnos (p.e., Flp 2,6-11).

2.1 Confesiones de fe

Las confesiones de fe⁸ nos hablan, por una parte, del acontecimiento pascual y, por otra, de la experiencia y conocimiento que los primeros cristianos tuvieron de él. Tienen una característica común importante: todas ellas expresan la fe pascual mediante la categoría de resurrección. Algunas de ellas lo hacen de forma más sencilla, mientras que otras lo hacen de forma más compleja, incluyendo más elementos; esto se debe muy posiblemente al paso del tiempo y, con él, al hecho de una mayor reflexión teológica sobre lo acontecido. Así, tenemos confesiones como la señalada más arriba, que básicamente dicen “Dios resucitó a Jesús de entre los muertos” (Rom 4,24⁹), es decir, que atribuyen el hecho de la resurrección de Jesús a la acción de Dios¹⁰, y otras, más evolucionadas, en las que ya no se habla de Jesús sino de Cristo o Jesucristo, y él mismo es el sujeto del verbo resucitar (1Tes 4,14; Lc 24,46; Jn 20,9): “El Señor ha resucitado”¹¹. La acción que

7 “El hombre no tiene acceso inmediato a las personas ni a los acontecimientos a no ser que todo le advenga por mediación del lenguaje. Esta afirmación pudiera parecer banal y, sin embargo, no siempre rige el proceso de la interpretación. Es un lenguaje dado que viene a nuestro encuentro, y la humildad del sabio consiste en escucharlo lo mejor que pueda” (Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 329). “No tomar a la letra las apariciones como acontecimientos objetivos, porque se nos ha hecho evidente que no puede haber percepción sensible de una realidad trascendente, no implica la negación del referente real que se anuncia en esas diversas experiencias subjetivas” (Andrés Torres Queiruga, *Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y la cultura* (Madrid: Trotta, 2003) 207).

8 Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 41-53; Gerd Theissen and Annette Merz, *El Jesús Histórico* (Salamanca: Sígueme, 2000) 532-534.

9 También en Rom 8,11; 1Tes 1,10; Gal 1,1; 1Cor 6,14, etc. En otros lugares es el verbo en pasiva el indicador de que es Dios quien ha resucitado a Jesús; así, por ejemplo, en Lc 24,34 (gerthe o Kyrios kai phth Símoni) y en Jn 21,14 (ephaneroth ‘Iesous tois math tais egertheis ek nekron).

10 Estas confesiones más antiguas son más fieles a la fe judía en tanto que atribuyen a Dios el poder de resucitar a los muertos.

11 Otro indicio de la evolución es el tiempo verbal que se utiliza: aoristo (acción pasada) y perfecto (ac-

anteriormente se atribuía a Dios ahora se le atribuye a Jesús, lo cual indica una mayor confesión de fe. Jesús entrega su vida y tiene poder para recobrarla de nuevo (cf. Jn 10,17). Algunas de estas fórmulas más evolucionadas hablan también de las consecuencias salvíficas de la muerte y resurrección de Jesús: murió por nosotros (Rom 5,15; 2Cor 5,15), para el perdón de los pecados (Rom 4,25), etc.

Por otra parte, algunas fórmulas nos hablan, no sólo del acontecimiento de la resurrección, sino más directamente de la experiencia y conocimiento que los primeros testigos tuvieron de él. Nos referimos sobre todo al testimonio de Pablo sobre las apariciones del resucitado en 1Cor 15,3-8:

Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo.

Pablo habla de su experiencia de la resurrección como de una experiencia de aparición. El término griego que está detrás de lo que traducimos por “aparecerse” es el verbo “ver” en pasiva (*phth*). Literalmente, por tanto, significa que Jesús “se hizo ver”, un verbo que volveremos a encontrar en los relatos evangélicos de las apariciones. Al estar en pasiva, indica que la acción se atribuye a Dios. Este es también el uso que tiene en el AT cuando Dios “se aparece”, “se hace ver”, a personajes como, por ejemplo, Abraham y Moisés¹² para llamar, entablar un diálogo con ellos o enviarles a la misión (una dimensión que reaparecerá, como veremos, en los relatos de aparición de los evangelios). Con otras palabras, cuando el NT nos dice que Jesús “se hace ver” a los testigos, nos está diciendo que el descubrimiento del resucitado “se les impone”, les es revelado por Dios, no es algo que se deba a ellos mismos sino a la iniciativa divina¹³. La experiencia de los discípulos

ción pasada que continúa teniendo alcance en el tiempo presente).

¹² Cf. Gn 12,7; Ex 3,2.

¹³ Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 87-90; Müller, *El origen de la fe en la resurrección de Jesús. Aspectos y condiciones históricas*, 25.

entronca así con la tradición de Israel y las teofanías, en las que el acento se pone, no tanto en los que “ven”, sino en Aquel que “se hace ver”, que se da a conocer con un propósito determinado.

a) La antropología hebrea y la resurrección corporal de los muertos

Como ya hemos dicho, la categoría que utilizan las confesiones de fe para hablar de lo que le ha ocurrido a Jesús es la de resurrección. Ahora bien, ¿qué es lo que quería decir el pueblo de Dios al confesarla? Esta pregunta nos lleva a otra: a la cuestión de la antropología hebrea. La razón es la siguiente: la visión que se tiene sobre el ser humano en esta vida influye en la manera en la que se concibe la muerte y, también, la vida más allá de la muerte.

A diferencia del mundo griego, que consideraba que el ser humano estaba compuesto de alma (inmortal) y cuerpo (limitado y caduco), y que tras la muerte el alma se liberaba de la cárcel del cuerpo, el mundo hebreo concebía al ser humano como una unidad con diferentes dimensiones, cada una de las cuales expresaba quién era cada uno, aquello que le identificaba y diferenciaba de otros¹⁴. Así, para el hebreo el ser humano tiene tres dimensiones: la fuerza vital o el alma (*nephes*), el espíritu o aliento de vida (*ruah*) y el cuerpo (*basar*)¹⁵. La muerte llegaba cuando Yahvé retiraba de esa persona el *ruah*, el aliento de vida. Entonces iba al *sheol*, al mundo inferior de los muertos, y allí vivía una existencia reducida, ya que la pérdida del *ruah* significaba también la pérdida de fuerza vital, del alma (*nephes*) y del cuerpo (*basar*), que provocaban una disminución de la capacidad de relación, tanto con los demás como con Dios.¹⁶

Dentro de esta visión antropológica hebrea tiene sentido que la vida después de la muerte se entienda como resurrección, ya que el térmi-

¹⁴ Wright matiza, acertadamente (Nicholas T. Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios* (Estella: Verbo Divino, 2008) 178; 217) que, en realidad, en Israel también existió alguna idea relacionada (de algún modo) con la inmortalidad. La creencia en la resurrección futura de los muertos implicaba creer que los que habían muerto “estaban vivos” en algún lugar, en un “estado intermedio”, en el que la identidad de cada uno de algún modo continuaba. Entonces hay algo en el ser humano (¿el alma?) que no muere. La diferencia entre el mundo griego y hebreo radica, sin embargo, en que el primero cree que la inmortalidad es preexistente una cualidad del alma y el segundo atribuye la vida tras la muerte a la acción gratuita de Dios.

¹⁵ Los términos correspondientes en griego son *psyche*, *pneuma* y *soma/sarx*.

¹⁶ Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 57; Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 130-136; Carmen Bernabé, “Yo soy la resurrección”, in: I. Gómez-Acebo (ed.), *Y vosotras, ¿quién decís que soy yo?* (Bilbao: DDB, 2000) 279-325, 289-292.

no lleva implícita la idea de una continuidad corporal. El hebreo no puede concebir la vida, ningún tipo de vida, en ausencia del cuerpo. Para él, la vida tras la muerte no puede ser la vida ilimitada de un alma ya liberada del cuerpo. Tampoco la resurrección es una mera “resucitación” o “revivificación” de un cadáver (como es, p.e., el caso de Lázaro, narrado en Jn 11,1-44, que vuelve a su vida anterior y morirá después de nuevo). La resurrección será una nueva existencia en la que perderá todo aquello que identificaba a cada uno, su vida, sus relaciones, su historia; en definitiva, todos los niveles del ser.

b) El camino hasta la fe en la resurrección de los muertos

Cuando los primeros cristianos confesaron que Jesús vivía la vida plena de Dios tenían ya una noción previa de lo que era la vida después de la muerte. Todas las creencias nacen en un contexto religioso y social determinado, que posibilita imágenes y categorías para que sean formuladas; dicho de otro modo: lo que un individuo o grupo pueda creer, pensar y expresar depende en gran medida del ambiente al que pertenezca¹⁷. Esto no significa negar que pueda acontecer una novedad. De hecho, así ocurre con la fe de las primeras comunidades cristianas. En su confesión de fe descubrimos una continuidad respecto a las creencias de algunos grupos del judaísmo de la época, que creía en la resurrección futura de los muertos, en el último día; pero vemos también una novedad: la afirmación de que eso que se pensaba para el futuro y para todo el pueblo ya había acontecido en Jesús.

Estrictamente hablando, sólo dos libros del AT afirman la fe en la resurrección de los muertos: Dn y 2Mac. Esta confesión de Israel nace, por tanto, en un periodo tardío, concretamente en la época del levantamiento de los macabeos, momento en el que estas obras se ponen por escrito. Es éste un contexto de persecución y martirio. Antíoco IV Epífanes, rey seléucida, prohíbe a los judíos sus prácticas religiosas y pretende obligarles a adoptar usos paganos, lo cual provoca que muchos mueran con el fin de evitar renegar de su fe. La fe en la resurrección de los muertos nace así tras la experiencia de que judíos piadosos mueren a manos de un poder injusto por fidelidad a Yahvé. Sin embargo, y como veremos, esta novedosa confesión de fe surge como fruto del

¹⁷ Torres Queiruga, *Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y la cultura*, 73.

recorrido vital de Israel, de una experiencia amasada durante siglos, y que ha quedado recogida en los textos de la Biblia.

A lo largo del AT se nos descubren distintas visiones sobre la muerte y la vida futura de los muertos. Distinguimos tres grupos de textos que, pese a las dificultades para establecer cronologías, atestiguan una evolución¹⁸.

En primer lugar¹⁹, una serie de textos muestran una escasa o nula esperanza tras la muerte. Así, hablan del *sheol* como *del mundo de los muertos de donde nadie regresa. Éste es un lugar oscuro, el reino de las sombras y de las tinieblas, donde los muertos “viven” un tipo de existencia reducida, donde no se puede disfrutar de la vida, de donde la presencia de Dios se retira. Testimonio de esta visión es, p.e., el Sal 6,5-6 (“Vuélvete, Yahveh, recobra mi alma, sálvame, por tu amor. Porque, en la muerte, nadie de ti se acuerda; en el šeol, ¿quién te puede alabar?”). Encontramos la misma idea en Is 38,10-11; 18-19 y Sal 115,17-18. Estos textos muestran una visión negativa de la muerte: se considera algo triste porque tras ella no hay posibilidad de relación; en el *sheol* se vive una existencia que no llega a ser vida. Israel afirmaba la bondad de la vida porque se consideraba un don de Dios; perderla era una mala noticia.*

*Junto a esta visión del *sheol* como lugar del que no se volvía, existió en Israel la creencia de que algunos personajes especialmente significativos habían escapado de este destino común de los mortales gracias a una acción divina. Es el caso de Henoc, Elías y Moisés, de quienes se creía que habían sido arrebatados por Dios y llevados junto a él. Sobre Henoc se nos dice que “anduvo con Dios y desapareció porque Dios se lo llevó” (Gn 5,21-24; cf. Eclo 44,16). Parecido al de Henoc es el caso de Elías. 2Re 2,1-18 relata que fue arrebatado al cielo por jinetes y carros celestiales (cf. Eclo 48,9). De ahí que nacieran tradiciones que hablaban de la vuelta de Elías²⁰. El caso de Moisés es peculiar. Aunque el libro del Deuteronomio relata su muerte y sepultura (Dt 34,5), el hecho de que Dt 34,6 diga que nadie conoce el lugar de su tumba dio pie a especulaciones sobre su destino, llegando a creerse que había sido llevado al cielo como Henoc y Elías.*

¹⁸ Las tradiciones son difíciles de datar de forma precisa y, por tanto, no es sencillo establecer una secuencia cronológica estricta.

¹⁹ Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 127-147; Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 47-49.

²⁰ Mal 3,23: “He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahvé, grande y terrible”.

Por tanto, hay un grupo de textos que muestra una falta de esperanza tras la muerte. Todos los muertos, salvo personajes especialmente ilustres, iban irremediabilmente al *sheol* y nunca podrían salir de él.

Hay un segundo grupo de textos²¹ que, sin embargo, atestigua otra experiencia. En 2Sam 2,6, Ana afirma en el cántico, que Dios es el origen de la vida y dueño de ella, hace vivir y morir ("Yahveh da muerte y vida, hace bajar al *šeol* y retornar"; cf. Dt 32,39b). Hay, además, otros pasajes en los que se alude a la muerte en referencia a la hostilidad o enfermedad que sufre una persona en concreto (Sal 88,4) o a la desgracia del pueblo. En estos textos se habla de "salir del *sheol*" o de la vuelta a la vida en referencia a la salud o a la liberación de la opresión, de la persecución o del sufrimiento, frecuentemente a propósito del exilio. La resurrección aquí, por tanto, viene a ser una metáfora. Ejemplos de esto encontramos en Sal 49,26; Os 6,1-2; Is 25,8b; 26,19²² y en el conocido pasaje de los huesos secos de Ez 37, donde se utiliza esta imagen en referencia a la situación de Israel en el exilio y se habla de "salir de las tumbas" para anunciar el próximo retorno a la tierra. En este grupo de textos, por tanto, no hay todavía, estrictamente hablando, una confesión de la resurrección de los muertos. Hay en ellos, sin embargo, algo significativo que prepara de algún modo el camino a la confesión explícita posterior: la convicción de que el amor, la fidelidad y el poder de Dios son tan fuertes que nada, ni siquiera la muerte, pueden destruir los lazos que le unen a su pueblo; el *sheol*, el sufrimiento o la muerte son realidades terribles, pero la intervención de Dios hará que cambie la suerte de Israel.

Finalmente, tenemos los dos textos señalados que se refieren de forma explícita a la resurrección de los muertos, Dn 12,2-3 y 2Mac 7, que nacen en el s. II a.C., en tiempo de la persecución macabea cuando los justos morían injustamente por permanecer fieles a su fe. El profeta Daniel nos dice: "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno", aludiendo con las palabras "dormir" y "despertar" a la vida eterna que recibirán en el futuro, en el tiempo final los justos que han sufrido injustamente el martirio.

²¹ Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 147-153; Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 47-49.

²² Dn 12 parece que hace una relectura de este pasaje, por lo cual, en el s. II a.C. fue comprendido como resurrección de los muertos.

2Mac habla de la resurrección por boca de los hermanos mártires y de su madre: “Dios nos resucitará a una vida eterna” (2Mac 7,9); “Es preferible morir a manos de hombres con la esperanza que Dios otorga de ser resucitados de nuevo por él” (2Mac 7,14); “El Creador del mundo... os devolverá el espíritu y la vida con misericordia” (2Mac 7,23). En estos textos, por tanto, encontramos la misma afirmación que en Daniel (la resurrección futura de los justos que mueren injustamente), aunque se añade la idea del poder creador de Dios: el Dios que tiene poder para crear el mundo tiene también poder para dar una vida nueva, para un acto de “nueva creación”. Dios no abandonará en el sheol a los que sufren la muerte por ser fieles a su causa, sino que recibirán de sus manos una vida nueva, corporal (los que han muerto son los mismos que resucitarán), pero diferente a la vida presente, ya que esa nueva creación será una creación transformada de la que habrá desaparecido la injusticia que les ha conducido a la muerte. La resurrección futura de los mártires es, según los rasgos que presenta, como bien dice Wright²³, “una doctrina revolucionaria”, ya que, quienes creen que Dios va a crear un mundo nuevo y va a reivindicar a los justos resucitándoles el último día, no tendrán miedo a oponerse al poder imperante y opresor, algo que no es tan fácil que ocurra a quienes limitan su horizonte a esta vida y este mundo. Por tanto, la fe en la resurrección no tiene que ver sólo con el más allá, sino con esta vida. Afirma que Dios se pone de parte de las víctimas de la injusticia y las reivindicará resucitándolas, y esto anima y da fuerza a los que creen en Él para luchar contra esa injusticia²⁴.

Por tanto, y para concluir esta mirada sobre los escritos del AT, cabe decir que, aunque los textos muestran visiones diversas sobre la muerte y la vida después de la muerte, hay en ellos un elemento común: la fe en un Dios creador de todo lo que existe, fiel a su alianza y que permanecerá fiel para siempre. El hecho de que Israel no afirme en determinados momentos de su historia la vida tras la muerte no significa que careciera de esperanza, ya que mantuvo siempre su fe en el Dios creador, el Dios de la alianza, que bendice a su pueblo con la justicia, la prosperidad y la paz²⁵.

23 Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 187.

24 Además, tenemos el testimonio del Libro de la Sabiduría que enseña la inmortalidad del alma (Sab 3,1-4...) pero no es una inmortalidad al más puro estilo griego (que afirma que es una cualidad innata del alma) sino algo que se alcanza mediante la sabiduría; en último término, un don de Dios (cf. Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 215-230).

25 Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 129; 146-147.

2.2 Himnos cristológicos²⁶

Estos himnos los encontramos, entre otros pasajes, en Flp 2,8-11 y 1Tim 3,16. La carta a los creyentes de Filipos nos dice que Jesús se rebajó a sí mismo hasta la muerte de cruz; por eso Dios lo exaltó. 1Tim 3,16 nos presenta a Jesús como quien ha sido manifestado en la carne y levantado a la gloria. En estos pasajes se expresa la fe pascual con imágenes diferentes a las vistas hasta ahora. La categoría que ofrecen es la de exaltación o, lo que es lo mismo, la elevación de Jesús o su ascensión gracias a la acción del Padre, su glorificación, estar sentado a la derecha de Dios, ser constituido Señor del universo²⁷. En estos himnos no se habla de lo que le ha ocurrido a Jesús con la secuencia “muerte – sepultura – resurrección – apariciones” sino con las imágenes de “descenso - humillación y elevación/exaltación (o glorificación) y señorío sobre todas las cosas”. En el origen de estas categorías está el imaginario común que comprende la vida de arriba, del cielo, como superior a la de abajo, de la tierra. Es la misma idea que encontramos, en forma narrativa, en los relatos de la ascensión de Jesús y en las tradiciones veterotestamentarias sobre Henoc, Moisés y Elías que hemos mencionado anteriormente. La distancia insalvable entre el cielo y la tierra, lo divino y humano, es superada por la iniciativa de Dios, quien baja a la tierra para elevar, llevar consigo a personas justas y así librarlas de la muerte.

Ahora bien, el texto del AT que mejor refleja este esquema de humillación – exaltación es el cuarto cántico del Siervo de Yahvé (Is 52,13-53,12). Este siervo, que es una personificación del sufrimiento de Israel en el destierro, es el humillado en este mundo e historia que, finalmente, será ensalzado y glorificado por Dios.

¿Qué sentido tienen, por tanto, estos himnos cristológicos? Al aplicar la categoría de exaltación a lo que le ha ocurrido a Jesús tras su muerte en la cruz, la comunidad cristiana confiesa que Jesús, crucificado y humillado, ha sido reivindicado por Dios, que nunca abandona a los justos. Él ha salvado la distancia entre el cielo y la tierra. Ha glorificado a Jesús quien ahora se encuentra en ámbito divino y es Señor de todas las cosas.

²⁶ Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 67-82.

²⁷ Encontramos la misma imagen en Mc 16,19; Hch 2,33; 1Pe 3,22; Ef 4,7-10, en los relatos de la ascensión de Lc y Hch; Jn 20,17 y en la teología del evangelio de Juan.

3. Los relatos evangélicos

Una vez visto lo que nos dicen las breves confesiones de fe y los himnos del NT, las dos categorías que utilizan (resurrección y exaltación) así como el trasfondo veterotestamentario de dichas categorías, pasamos ahora a profundizar en los relatos de los evangelios. En ellos veremos que reaparecen algunos de los elementos ya vistos, aunque en esta ocasión dentro de un relato, de una historia.

Estas narraciones se centran sobre todo en dos temas: el hallazgo de las mujeres de la tumba vacía y las apariciones del resucitado a sus discípulos. Su finalidad, como hemos señalado al comienzo, no es dar cuenta exacta y detallada de lo ocurrido, a modo de una crónica histórica, sino transmitir una experiencia de fe de forma catequética. Como veremos, pese a las diferencias que encontramos al comparar los relatos de los diferentes evangelios, es posible extraer algunos núcleos comunes que transmiten una enseñanza significativa para sus destinatarios.

a) El hallazgo de las mujeres de la tumba vacía

Los cuatro evangelios²⁸ relatan que las mujeres visitaron la tumba de Jesús y la encontraron vacía²⁹. Aunque difieren en algunos detalles (como, p.e., el número y los nombres de las mujeres, la razón por la que se dirigen al sepulcro: ungir el cuerpo, lamentarse, el número y características del ser celeste que se dirige a ellas) hay un núcleo común significativo: un grupo de mujeres se acerca al sepulcro (el nombre de María Magdalena se repite en todas las tradiciones) el primer día de la semana; se encuentran que la piedra que cerraba el sepulcro está separada y un ser celestial (o dos) les anuncia que Jesús no está allí porque ha resucitado³⁰.

28 Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 165-177.

29 Esta visita también es narrada por el evangelio de Pedro. Algunos autores defienden que la obra puede depender de fuentes anteriores a Mc. Su relato sobre la visita de las mujeres al sepulcro tiene algunos elementos comunes a los de los evangelios sinópticos (el primer día de la semana, la piedra, joven que les anuncia que Jesús ha resucitado) pero otros diferentes (María va al sepulcro con sus amigas porque "no había hecho lo que solían hacer las mujeres": llorar y lamentarse; no hay mandato de avisar a los discípulos ni de ir a Galilea). Antes de esta escena se narra cómo durante la noche del sábado, estando los soldados haciendo guardia, hubo una gran voz en el cielo, los cielos se abrieron y dos varones bajaron de él. Se acercaron al sepulcro, la piedra que lo sellaba rodó sola y los dos varones entraron. Después salieron del sepulcro tres hombres. Dos de ellos apoyaban a un tercero y una cruz les seguía. La cabeza de los dos primeros llegaba hasta el cielo y la del tercero lo sobrepasaba. El cielo le pregunta a este último si ha predicado a los que duermen y él responde que sí. Podemos encontrar el evangelio de Pedro en Aurelio Santos Otero, *Los evangelios apócrifos* (Madrid: BAC, 2005) 198-203.

30 Sólo Lc da el dato de que las mujeres entran en el sepulcro y no encuentran el cuerpo de Jesús (Lc 24,3).

Aunque es muy posible que los relatos atestigüen algún evento histórico, como la visita de las mujeres a la tumba con el fin de llevar a cabo lamentos y ritos funerarios de duelo, y su protagonismo en el surgimiento y transmisión de la fe pascual, hay en ellos algunos elementos simbólicos. Dado que en el judaísmo el sepulcro simbolizaba el *sheol*, y la piedra que lo sellaba, la imposibilidad de que los muertos retornaran de él, el hecho de que esté retirada indica que Jesús ya no está allí, en el *sheol*, en el reino de los muertos, porque su poder ha sido vencido por Dios³¹. Éste es el mensaje central que nos quieren transmitir los evangelios con los relatos del sepulcro vacío: la victoria de Jesús sobre la muerte gracias a la acción de Dios³². En realidad, lo importante no es tanto que la tumba esté vacía, sino las palabras del ángel³³; de hecho, su sentido no es evidente sino ambiguo, y por eso ellas necesitan escuchar el mensaje para comprender el significado. Las mujeres no creen porque no encuentran el cuerpo de Jesús, sino gracias al anuncio del ángel³⁴. Sus palabras anunciando la fe pascual (“Ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde lo pusieron”) nos hablan de un Dios que toma la iniciativa para revelarse (al igual que veíamos a propósito del “se hizo ver”) y, también, de la experiencia de la comunidad que recibe esta revelación. La comunidad cristiana confiesa su fe y atribuye dicha confesión a la acción de Dios, que ha querido dar a conocer que Jesús ya está junto a él³⁵.

b) Las apariciones de Jesús resucitado

Los relatos de aparición de Jesús resucitado³⁶ transmiten la experiencia señalada por Pablo pero de forma narrativa; es decir, estos textos son el desarrollo de la escueta afirmación “Se apareció a Cefas y luego

31 En realidad, ningún relato evangélico (el evangelio apócrifo de Pedro es el que más detalles da) narra el hecho de la resurrección de Jesús, ya que ésta, en sí, es inefable. Las narraciones son testimonio, sin embargo, de las consecuencias de la resurrección: la muerte y el *sheol*, el reino de los muertos, han sido vencidos.

32 Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 173.

33 Un joven (Mc y EvPe), el ángel del Señor (Mt), un ángel (Mt), dos hombres (Lc y EvPe), dos ángeles (Jn).

34 José Arregui, “Resurrección de Jesús. Reflexiones teológicas”, Cuadernos de Teología Deusto 33 (2005) 61-88, 79; Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, 766.

35 “Además de palabra de Dios, el ángel es la voz de la Iglesia: en respuesta al acto de Dios que hizo rodar la piedra y triunfó de la muerte, ella proclama su fe en Jesús resucitado” (Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 171).

36 Leon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, 137-157

a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos” (1Cor 15,5).

En los evangelios tenemos varias escenas de aparición que acontecen tanto en Galilea como en Jerusalén³⁷. Estos relatos son sorprendentes porque conjugan dos elementos aparentemente contradictorios. Por una parte, enfatizan el aspecto material y palpable de las apariciones; de hecho, Jesús Resucitado es presentado con rasgos muy similares a los del Jesús prepascual que encontramos en la fase de su ministerio público: come con sus discípulos, muestra sus manos y su costado e invita a Tomás a introducir su dedo en sus llagas. Si los relatos únicamente nos contaran esto, podríamos llegar a pensar en una “revivificación” de un cadáver, es decir, que Jesús ha regresado a su vida anterior. Pero los textos dicen también que los discípulos tardan en reconocer al Resucitado; así, p.e., Jn 21,4 relata que “estaba Jesús en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús”, expresando una incompreensión similar a la que se narra en el pasaje de Emaús (Lc 24,16; cf. Mt 28,17). Por tanto, los relatos nos invitan a ir más allá de lo que aparece a primera vista, a descubrir un sentido más profundo; un sentido que encontramos en el esquema de tres partes que se va repitiendo en todos ellos, con algunas pequeñas variaciones³⁸: iniciativa de Jesús, reconocimiento por parte de los discípulos y envío a la misión.

En primer lugar, Jesús toma la iniciativa de salir al encuentro. Al igual que hemos dicho respecto al término *phth*, esto pone de relieve que, en último término, el encuentro con el Resucitado acontece sólo porque él así lo ha querido.

En segundo lugar, los testigos reconocen progresivamente al Resucitado, con más o menos dificultades; no es algo que se produzca sin más, no es algo evidente para los discípulos, sino que, al contrario, éstos tienen que aprender a reconocer esa nueva existencia de Jesús. En ocasiones surge incluso la incredulidad, como en el caso de Tomás, lo cual destaca su libertad para creer o permanecer en la increencia. El énfasis en el as-

37 En Galilea: Mt 28,16-20 (los Once); Mc 16,1-8 (anuncio a las mujeres); Jn 21,1-14. En Jerusalén o cercanías: Mt 28,9-10 (a las mujeres); fMc 16,9-14 (a María Magdalena, a “dos que van de camino” y a los Once); Lc 24,13-31 (discípulos camino de Emaús); Lc 24,33-35 (los Once y Simón); Lc 24,36-43 (los Once); Jn 20,11-18 (María Magdalena); Jn 20,19-29 (los discípulos).

38 Hay algunas diferencias entre los textos. En ocasiones falta una de las tres partes, en otras se enfatiza una más que otra.

pecto corporal (los discípulos ven, tocan, comprueban las llagas, comen con el Resucitado) muestra que Jesús Resucitado es el mismo que el crucificado pero, al mismo tiempo, la dificultad para reconocerle hace ver que el Resucitado vive un tipo de existencia diferente a la anterior.

En tercer lugar, el Resucitado les envía a la misión, lo cual significa continuar con la obra de Jesús, pero actualizándola a las diferentes circunstancias a las que se tendrá que enfrentar la comunidad. Esta misión, con su arraigo en la vida y enseñanza de Jesús, será posible gracias al Espíritu.

Por tanto, en los relatos de aparición descubrimos la experiencia de los primeros testigos y, al mismo tiempo, una catequesis para futuros seguidores que no conocieron en persona al Maestro. Ellos también tendrán que vivir conforme a esta triple dimensión: encontrarse con el Resucitado, aprender a reconocer al que fue crucificado y ahora vive, escuchar las Escrituras, compartir la mesa y el pan (Lc 24,27-31; Jn 21,11), y entregarse a continuar su obra, a la misión por él encomendada (Jn 21,7).

4. Qué nos dice hoy la resurrección de Jesús

Como hemos ido viendo a lo largo de estas páginas, la fe Pascual nace como un paso más, para los creyentes el último y definitivo, dentro de la tradición judía que ya confesaba la resurrección de los muertos al final de los tiempos. Los primeros discípulos participaban de esa fe de Israel que creía que Dios no podía abandonar en el *sheol* a los justos que habían muerto injustamente precisamente por fidelidad a su fe, a la Ley. Las circunstancias adversas de la historia, el sufrimiento, contribuyó a que Israel descubriera esta dimensión hasta ese momento velada. La confianza en que Dios devolverá la vida a aquellos que padecen la injusticia conduce a que algunos grupos judíos se atrevan a vivir de una manera nueva, sin temor a que el poder político imperante acabe con la propia vida, ya que esperan un futuro nuevo, una nueva creación final.

Los discípulos tuvieron que afrontar la muerte en cruz de Jesús. En medio del desconcierto y la crisis descubrieron, como consecuencia de una revelación de Dios, algo nuevo y desconcertante. Eso que se esperaba para el final de los tiempos para todo el pueblo ya le había sucedido a Jesús. Jesús había sido resucitado por Dios. Dios no le había abandonado en la muerte sino que ya participaba con Él de su misma vida, una vida plena.

Estos primeros testigos de la Pascua transmitieron con creatividad esta experiencia novedosa y posiblemente desconcertante utilizando imágenes y categorías de su propia tradición, que han quedado plasmadas de diferentes modos en las fórmulas y relatos del NT. A través de estos textos comunicaron su propia experiencia y, también, quisieron mostrar el camino para que otros creyentes también se encontraran personalmente con el Resucitado. Esta propuesta de fe aparece con claridad en los relatos de aparición con sus tres núcleos: iniciativa del Resucitado, reconocimiento y envío a la misión.

A la luz de lo visto, ¿qué podemos decir sobre el significado que tiene la resurrección de Jesús para los creyentes que la confesamos?

En primer lugar, la fe en la resurrección nos invita a volver la mirada a Jesús. Los discípulos sólo reconocen al Resucitado en cuanto también crucificado. No se puede separar al Jesús de la gloria ni del que caminó por Galilea ni del que acabó en la cruz. “No es posible proclamar (la) resurrección (de Jesús) sin incluirse en su causa... el lenguaje de los textos es implicativo”³⁹. Cada creyente y cada comunidad que confiesa que Jesús ha resucitado ha de configurar su vida según la de Jesús, según sus acciones sanadoras y liberadoras. Creer que Jesús vive tiene que ver con propiciar la vida en sus múltiples dimensiones, con promover la libertad y la felicidad, y con contribuir a que todo aquello que provoca opresión y sufrimiento desaparezca. No es simplemente un dogma de fe a confesar, sino un acontecimiento que nos invita a participar en la obra creadora del Dios de la vida⁴⁰.

Pero la resurrección de Jesús también nos conduce a re-pensar a Dios, a re-pensar las imágenes que tenemos de Él, lo cual afecta indudablemente a nuestra vida, a nuestra fe. El Dios de Jesús, el que le devuelve la vida, reivindicándole, es el Dios que se pone de parte de los últimos de la historia, de los que son tratados con injusticia, de los que son olvidados, de los que no cuentan para nadie. La resurrección de Jesús nos dice que a éstos Dios los recuerda y los levanta⁴¹. Dios resucita nuestros cuerpos: ninguna persona, ninguna vida con su historia, decisiones y relaciones, quedará en el olvido tras la muerte, sino que será plenificada. La promesa que nos hace Dios de una nueva creación, de una nueva vida, anima a quienes recorren el difícil camino de se-

39 Torres Queiruga, *Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y la cultura*, 165.

40 Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, 69.

41 Bernabé, “Yo soy la resurrección”, 319-321.